



Voluntariamente soslayo en este artículo la polémica sobre el compromiso político de Martín Heidegger con el nazismo, y me reduzco a destacar y comentar las ideas principales de su pensamiento universitario expresadas en el texto *La Autoafirmación de la Universidad Alemana*¹, su discurso de posesión como rector de la Universidad de Friburgo el 27 de abril de 1933.

Esta reducción obedece a dos motivos: La voluntad del filósofo, inocultable en sus palabras, de trascender el momento histórico sumergiéndose en sus orígenes y avizorando el porvenir como destino, rasgo muy destacable de todo su pensamiento, y mi creencia personal de que los filósofos hablan para todas las épocas a pesar de que las circunstancias los lleven a hablar para una en particular. En esto quiero seguir a Rorty², en uno de los comentarios más recientes sobre el insuceso del nazismo de Heidegger y la relación con su filosofía. El discurso rectoral³, despojado de su tono emotivo de arena política, contiene lo más relevante del pensamiento universitario de uno de los filósofos más importantes del siglo XX (*"Heidegger está vivo y sólo lo vivo apasiona"*, dice Ramón Rodríguez, traductor y

1. Las citas del texto del discurso para el presente artículo han sido extraídas de la traducción del discurso realizada por Ramón Rodríguez y publicada con otros textos por la editorial Tecnos de Madrid, en 1989.

2. Al final de una cita de pie de página en el capítulo quinto de su libro *Contingencia, ironía y solidaridad* (Paidós, 1991, p.130) afirma Richard Rorty: "En cuanto a la cuestión general de la relación entre el pensamiento de Heidegger y su adhesión al nazismo, no estoy convencido de que haya mucho que decir aparte de que uno de los pensadores más originales del siglo resultó ser un personaje bastante detestable. Pertenecía a la clase de hombres que pueden traicionar a sus colegas judíos para favorecer sus propias ambiciones y arreglárselas después para olvidarse de lo que había hecho. Pero si se sustenta la concepción del yo a-céntrico, concepción que he formulado en el capítulo segundo, se estará dispuesto a considerar contingente la relación existente entre las virtudes intelectuales y las virtudes morales, lo mismo que la existente entre los libros de un escritor y los restantes sectores de su vida."

3. El discurso *La autoafirmación de la universidad alemana* fue pronunciado por Heidegger el 27 de mayo de 1933 en el solemne acto de toma de posesión del rectorado de la Universidad de Friburgo. Escasamente citado por los estudiosos del pensamiento heideggeriano, después de la guerra no fue publicado hasta 1983, en edición oficial al cuidado de su hijo Hermann, a la que éste añadió un texto inédito *El rectorado. Hechos y reflexiones*, escrito en 1945 el cual contiene lo esencial de la defensa de Heidegger ante la comisión depuradora de la Universidad de Friburgo.

presentador del discurso). Lo circunstancial, es decir, las razones personales que lo llevaron a participar activamente en la política educativa del nacional socialismo, es mejor dejarlo a juicio de la historia; de la historia de Alemania, por supuesto.

La misión espiritual de la universidad y la pregunta por su esencia

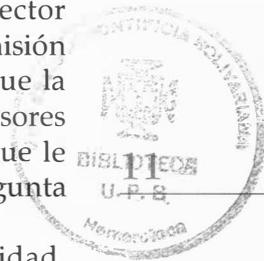
El rector Heidegger comienza su discurso inaugural autoafirmándose como orientador de una causa universitaria particular: "La aceptación del rectorado es el compromiso de dirigir espiritualmente esta escuela de educación superior". A partir de este enunciado construye su reflexión, mejor, su autorreflexión (toda reflexión es autorreflexión) sobre la esencia de la Universidad, universidad con mayúscula, universidad con nombre propio, la de Friburgo en la Alemania de 1933. Aquí también, en esta frase, se halla contenido el primero de los tres que voy a llamar más adelante postulados del pensamiento universitario heideggeriano: La universidad tiene una misión espiritual y esta misión está ligada al destino de su pueblo.

Punto de partida firme por lo concreto, pero más que firme autoafirmativo, que le permite al pensador remontarse atrás en la historia espiritual de Europa y ampliar desde allí el espacio de su reflexión. Heidegger sitúa en la Grecia antigua, donde se habló por primera vez de ciencia y de mundo espiritual, el verdadero nacimiento de la universidad, sin perder contacto con lo próximo e inmediato: la Universidad de Friburgo en pleno auge del Tercer Reich. De entrada, pues, en su firme referencia a una misión espiritual, el discurso de posesión alcan-

za el tono filosófico (teórico, como se dirá más adelante) que lo define como discurso académico y que lo lleva a centrarse en la pregunta por la esencia de la universidad, como causa final. Hablar de misión espiritual es hablar de fundamentación en el plano filosófico y político. Al universitario, y al filósofo en cuanto universitario, le compete esta pregunta, ¿a quién más?

Heidegger nos enseña igualmente que sólo vale la pena preguntarnos por la esencia de algo si ese algo está comprendido en el campo de nuestras propias valoraciones, si se encuentra en el trasfondo de nuestros intereses existenciales, ineludible para el pensamiento. La valoración carga de sentido la pregunta, la motiva. Si nos preguntamos por la esencia de la universidad es porque la universidad como ente, mejor como entidad, aparece en nuestro horizonte vital formando parte de nosotros mismos o, si se quiere, haciendo parte nosotros de ella. La pregunta por la esencia de la universidad es, por lo tanto, la pregunta por nosotros mismos en cuanto universitarios, comunidad de profesores y alumnos, en los que se expresa la *universitas*, de la cual es líder el rector. La universidad es sujeto y objeto de su propia autorreflexión: Imposible que deje de ser ella misma cuando se piensa, imposible que deje de ser ella misma cuando se afirma en su esencia. La autoafirmación del rector Heidegger, como dirigente de una misión espiritual que no puede ser otra que la de la nación alemana, y la de profesores y alumnos, como dirigidos, es lo que le da claridad, rango y poder a la pregunta por la esencia universitaria.

Por consiguiente, toda universidad, para ser comprendida en su esencia, debe estar enmarcada por una comunidad ma-



yor, aquella que la creó, de la que después no puede escapar, y por cuyo destino se encuentra ineludiblemente ceñida. Todo rector, en consecuencia, también está ligado a una misión social y espiritual que le da sentido a su acción voluntaria de orientador de la universidad. Heidegger define esta acción y este vínculo espiritual así: "Si queremos **la esencia de la ciencia**, en el sentido de este firme mantenerse (autoafirmarse), cuestionando y al descubierto, en medio de la inseguridad de la totalidad del ente, entonces esta **voluntad esencial** instituye para nuestro pueblo un mundo suyo del más íntimo y extremo riesgo, es decir, su verdadero **mundo espiritual**. Pues "espíritu" no es ni la sagacidad vacía, ni el juego de ingenio que a nada compromete, ni el ejercicio sin fin del análisis intelectual, ni una razón universal, sino que espíritu es el decidirse, originariamente templado y consciente, por la **esencia del ser**. Y el mundo espiritual de un pueblo no es una superestructura cultural como tampoco un arsenal de conocimientos y valores utilizables, sino que es el poder que más profundamente conserva las fuerzas de su raza y de su tierra, y que, como tal, más íntimamente excita y más ampliamente conmueve su existencia. Sólo un mundo espiritual garantiza al pueblo la grandeza; pues obliga a que la permanente decisión entre la voluntad de grandeza y el dejarse llevar a la decadencia sea la ley que rige la marcha que nuestro pueblo ha emprendido hacia su historia futura."

La pregunta por la esencia de la universidad debe estar motivada, pues, por su capacidad de hacer parte de nosotros mismos. No es una pregunta sólo para la razón intelectual, ni una singular inquietud metafísica frente a algo que sólo pue-

de presentarse más allá de la sociedad real que la fundamenta, es, ante todo, una instancia vital, una cuestión de la razón práctica. Ante este reto a la voluntad y a la autoafirmación, se pregunta Heidegger: "¿Tiene esta esencia auténtica capacidad de informar nuestra existencia?"

Esta interpelación, formulada dentro del ámbito de nuestra contingencia histórico-social e ineluctablemente ligada a ella, no es un interrogante sobre los intereses generales de una sociedad particular lanzado al vacío de la discusión política. La universidad existe en la medida en que nosotros, que hacemos parte de ella, existamos, es decir, nos autoafirmemos como universitarios, reconozcamos que tenemos una esencia universitaria que nos hace ser lo que realmente somos: "La comunidad de los que siguen al rector, profesores y alumnos, sólo se despierta y fortalece arraigando auténticamente y en común en la esencia de la universidad alemana."

Pero, ¿quiénes somos nosotros? "¿Podemos saberlo –se pregunta Heidegger– sin la más constante y severa reflexión?" La voluntad de autoafirmarnos tiene como condición la de pensarnos a nosotros mismos, la de la autorreflexión. Cuando la universidad, cualquier universidad, se piensa a sí misma (autorreflexiona), después de autoafirmarse en su contingencia histórica, se encuentra frente al hecho de su autonomía. Autonomía, para el rector Heidegger, significa "ponernos nosotros mismos la tarea y determinar incluso el camino y el modo de su realización, para lo que debemos ser".

Autoafirmación, autorreflexión y autonomía son términos unívocos en el pensamiento universitario, de ahí que la

pregunta por la esencia de la universidad pueda formularse indistintamente como: ¿En qué debemos autoafirmarnos? ¿En qué debemos autorreflexionar? ¿Qué debemos hacer como universitarios? Este reiterativo preguntarse por el quid (el qué), a tono con la tradición escolástica (universitaria) de la quidditas, ha formado parte de la tradición esencialista propia de la cultura de las universidades. Inevitable cuando se asume un cargo de dirección y de responsabilidad.

Universidad y ciencia: la esencia universitaria

¿En qué debemos, entonces, autoafirmarnos, en qué debemos reflexionar los universitarios? En la ciencia, desde la ciencia y mediante la ciencia, responde Heidegger y, de entrada, pasa al terreno de las definiciones, es decir, de las autonomías conceptuales cercadas, irónicamente, por las fronteras del poder: “Para nosotros, la universidad alemana es la escuela superior que, desde la ciencia y mediante la ciencia, acoge, para su educación y disciplina, a los dirigentes y guardianes del destino del pueblo alemán. La voluntad de la esencia de la universidad alemana es voluntad de ciencia en el sentido de aceptar la misión espiritual histórica del pueblo alemán, pueblo que se conoce a sí mismo en su Estado. Ciencia y destino alemán tienen sobre todo que llegar, queriendo su esencia, al poder. Y lo lograrán si, y sólo si, nosotros, profesores y alumnos, exponemos, por un lado, la ciencia a su más propia necesidad y, por otro, nos mantenemos firmes en el destino alemán con todo su apremio.”

Autoafirmación en la ciencia, porque la ciencia, aun entendida en su acepción

menos flexible, es la esencia de la universidad, su sentido originario. Éste es el segundo postulado del pensamiento universitario heideggeriano, ante el cual surgen nuevas preguntas, única forma de progresar en el conocimiento de algo y de adelantar en el camino de la autorreflexión que nos permite autoafirmarnos: ¿qué es la ciencia? y ¿cuál ciencia? (preguntas por la esencia de la ciencia y su relación con el destino de la ciencia y de Alemania). En Occidente, insiste el filósofo a lo largo de su discurso, no se puede hablar clara y rigurosamente de ciencia (teoría) sin remitirnos a la Grecia clásica, es decir, al origen de su grandeza y de su esencia. Heidegger insiste en la grandeza de la ciencia griega toda vez que fueron los griegos los primeros que inventaron su lenguaje y **el lenguaje es la casa del ser**. La ciencia griega surgió como respuesta a una necesidad de la existencia humana, cuyas características no han variado con el paso del tiempo. Ciencia originaria o ciencia auténtica que aparece en el pasado situada en la última frontera del lenguaje en la que la interpelación a las realidades fácticas de la existencia adquiere un sentido y se transforma en discurso esencial: “Sólo cuando nos sometamos decididamente a este lejano mandato de recuperar la grandeza del inicio, la ciencia se tornará para nosotros en la más íntima necesidad de la existencia.”

La filosofía como esencia de la ciencia y de la universidad

La sofía, saber supremo o ciencia suprema, fue para los griegos clásicos no sólo la finalidad sino el fundamento de todo saber y conocimiento verdaderos. Además, esta ciencia era para ellos el ob-

jeto de la más importante de las aficciones, la fileia (amor) por la sofía, o filosofía. Por eso y en atención al valor de lo originario, Heidegger dice que la universidad debe arraigar en la ciencia griega en cuanto ésta significó como búsqueda y encuentro con el saber superior (sofía), en cuanto filosofía. Un rector filósofo, en un acto autónomico y autorreflexivo se piensa y piensa a la universidad como espacio de la filosofía y comunidad de filósofos, a la manera de los griegos, pero más que a su manera, siguiendo su espíritu, es decir, su voluntad esencial. Esta autoafirmación en la filosofía como conocimiento primordial, es la base y el prospecto de cualquier saber que tenga pretensiones de llamarse científico o universal, es su punto de partida y de llegada, su origen y destino.

La universidad, pues, cuya esencia es la ciencia, es hogar del conocimiento universal, en cualidad y extensión, como diría Aristóteles. La universidad debe abarcar el ente en su totalidad. Heidegger señala esta vinculación entre la filosofía y la ciencia explícitamente en su discurso: "Toda ciencia es filosofía, lo sepa y lo quiera, o no. Toda ciencia sigue ligada a ese inicio de la filosofía. De él extrae la fuerza de su esencia, suponiendo que siga estando a la altura de ese inicio."

Este es el tercer postulado del pensamiento universitario del rector Heidegger: la esencia de la universidad es el saber (sofía) considerado, según el concepto griego, como saber supremo y única, importante y verdadera ciencia. La ciencia de las ciencias, el saber fundante, más allá del cual, no se puede hallar marcos referenciales ni encontrar objetividad alguna. La ciencia, dice Heidegger, tomada en tal sentido, tiene que convertirse en "el poder configurador de la corpora-

ción de la universidad alemana". Esto, dice el filósofo, significa dos cosas: primera, que profesores y alumnos tienen que estar y permanecer poseídos por este concepto de ciencia, y segunda, que este mismo concepto debe insertarse en las distintas especializaciones o áreas del saber en las que profesores y alumnos ejercen su labor científica, configurándolas y dándoles sentido.

Características de la ciencia: impotencia y teoría

Heidegger señala dos características o notas esenciales de la ciencia de los griegos: Su impotencia creadora y su naturaleza teórica. A propósito de la primera de estas características, cita a Esquilo en su tragedia Prometeo: "Pero el saber es mucho más débil que la necesidad". Esta frase expresa la esencia de la ciencia, dice Heidegger. La ciencia es por esencia débil frente al imperio de la necesidad (anánke) el que la vuelve contingente, histórica y humana. La ciencia no es necesaria por esencia: pudo no haber existido y puede desaparecer. Lo mismo ha de decirse de la universidad. Por eso afirma Heidegger que es definitiva la previa voluntad y el deseo de que la ciencia y la universidad sigan siendo, de que la tradición continúe y se proyecte. Después vendrá aquel compromiso de autorreflexión y autoafirmación como universitarios al que nos hemos referido: "Si queremos comprender la esencia de la ciencia, tenemos antes que dejar bien clara la cuestión decisiva: ¿debe, para nosotros, seguir existiendo aún la ciencia, o debemos dejarla correr hacia un rápido final? Que deba haber ciencia no es algo incondicionalmente necesario. Pero, si debe haber ciencia y si debe exis-

tir para nosotros y por nosotros, ¿en qué condiciones puede realmente existir?”

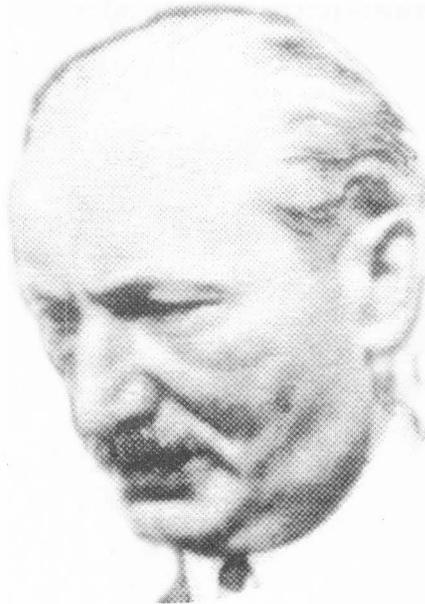
La segunda característica o condición de la ciencia, es su carácter teórico. Para Heidegger y para los griegos, teoría y ciencia son lo mismo. Pero, ¿qué era la teoría para los griegos? “Se suele decir: la pura contemplación, que permanece ligada a la plenitud y exigencia de las cosas. Apelando a los griegos, esta conducta contemplativa, se dice, habría de existir por ella misma. Pero esta apelación carece de fundamento. Pues, por un lado, la “teoría” no tenía lugar por ella misma, sino únicamente por la pasión de permanecer cerca del ente en cuanto tal y bajo su apremio. Mas, por otro lado, los griegos luchaban justamente por comprender y por ejercer ese cuestionar contemplativo como una, incluso como la suprema, forma de la *energeia*, del “estar-a-la-obra” del hombre. Su sentido no estaba, pues, en asimilar la praxis a la teoría, sino al revés, en entender la teoría como la suprema realización de una auténtica praxis.

Para los griegos la ciencia no es un “bien cultural”, sino el centro que determina desde lo más profundo toda su existencia como pueblo y como Estado. La ciencia tampoco es para ellos un puro medio para hacer consciente lo inconsciente, sino el poder que abarca y da rigor a toda la existencia.” La teoría es, pues, en cuanto esencia de la ciencia y ésta de la universidad, algo necesario y urgente. Si es débil lo es por permanecer atada a un

destino social, pero no por desempeñar una función débil y alejada de las realidades prácticas. La teoría que los griegos concibieron y a la que la universidad debe regresar, es la quintaesencia de la práctica, su sentido primordial, su referente último.

La acción universitaria

¿Qué hacer?, sería el interrogante final. Heidegger responde: “Si queremos la esencia de la ciencia, tiene entonces el profesorado de la universidad que adelantarse realmente a los puestos más avanzados de peligro que la inseguridad incesante del mundo presenta. Si se mantiene firme ahí, es decir, si desde ahí – en la vecindad esencial del apremio de las cosas – le brota un preguntar en común y un decir templado en comunidad, entonces llegará a tener la fortaleza para poder dirigir. Pues, en la dirección, lo esencial no es el mero ir adelante, sino la energía para poder marchar solo, no por obstinación y afán de dominio, sino en virtud de la más profunda vocación y del deber más total.” Este reto a la acción teorizante se torna más emotivo y exigente al final del discurso cuando trata de empatar en una única esencia, lo teórico de la ciencia con lo práctico de la política: “La voluntad esencial del profesorado tiene que despertar a la simplicidad y amplitud del saber de la esencia de la ciencia y fortalecerlas. La voluntad esencial del alumnado tiene que esforzarse por llegar a la suprema claridad y disciplina del



saber y, exigiendo y decidiendo, integrar el saber que ya tienen sobre el pueblo y su Estado en la esencia de la ciencia.”

El rector Heidegger concluye su disertación sobre la universidad, citando una frase de Platón en *La República*: “Todo lo grande está en peligro de desaparecer”, traducida poéticamente por él como “todo lo grande está en medio de la tempestad”. Si nos atenemos a la lógica del sentido general del discurso y a su tono político, este final puede tener el siguiente significado conclusivo: La universidad cuya grandeza y esencia está en la ciencia en cuanto teoría, debe autoafirmarse en ella, simplemente para

no perecer y salir adelante. Esta autoafirmación sólo se logra mediante una reflexión sobre su origen y una voluntad decidida, un programa de acción que la lleve a proyectarse socialmente.

Los tres grandes conceptos o postulados del discurso de Martín Heidegger (**misión, ciencia y filosofía**) articulan todo su pensamiento sobre la esencia de la universidad. Ellos recogen la tradición y la vocación científica de la educación superior en el contexto de la historia y la cultura alemanas, pero también sirven como herramientas en la construcción o, quizás mejor, reconstrucción de un modelo de universidad para el siglo XXI.